DIAGONAL

Mauricio Wacquez

La muerte es simple e irrefutable

HACE UNOS DÍAS MURIÓ EN ESPAÑA MAURICIO WACQUEZ, CUYA OBRA NARRATIVA ES UNO DE LOS HITOS INEVITABLES DE LA LITERATURA CHILENA ACTUAL. WACQUEZ –QUIEN CONSIDERABA QUE LA PALABRA TENÍA MÁS PESO QUE LO REAL– FUE UN ESTILISTA A ULTRANZA Y A LA VEZ UN PERSEVERANTE IRRACIONALISTA.

MAURICIO WACQUEZ MURIÓ LEJOS, AUNQUE NO SOLO. PARA LOS LECTORES NACIONALES SU nombre ha sido encumbrado a la categoría de "interesante personaje literario", olvidando sus escritos y enfatizando el mito del rebelde. El que fuera un prosista admirable, un cazador prófugo de una moral recóndita y, más curioso aún, un chileno culto capaz de decir cosas imperdonables en un país de escritores de piernas juntas, no merece que lo disculpen por haber sido él mismo a pesar de los otros. Se encuentra algún consuelo en sus palabras desafiantes: "Soy un hedonista innato y la libido es la emoción sexual que

nos da el impulso para vivir y traspasar la barrera de los estúpidos, de los demagogos, de los que tienen las armas y nos amenazan. Nada hay en el mundo que me pueda apartar de la prosecución del placer y me he dado permiso para todo".

Wacquez fue ante todo un tipo que encarnó la contradicción, y lo hizo sin culpa y deliberadamente. Era superlativo, avasallador, un tanto histérico, vociferante, fiero, delicado, insolente, impulsivo y riguroso. Su opción por la literatura no le dio otra respiración que los tropiezos de una suerte marcada por la premisa de Blake, según la cual el camino del exceso es el mismo de la sabiduría. Sin embargo, esta máxima no le impidió abandonar su decisión de ser un estilista (uno de los pocos en nuestra historia literaria) que se impuso la tarea de alumbrar las partes más sórdidas de la condición humana, con sus víctimas y victimarios, y a la vez iluminar el amor, sus ecos, intensidades y riesgos. Todo lo hizo con una pericia formal y con una mirada inconfundiblemente escéptica frente a las verdades finales y las ideologías totalitarias.

Su opción por la literatura no le dio otra respiración que los tropiezos de una suerte marcada por la premisa de Blake, según la cual el camino del exceso es el mismo de la sabiduría.

Nació en Colchagua, donde vivió una infancia idílica que recordaría incansablemente; estudió filosofía en el Pedagógico de Santiago y en la Sorbonne, especializándose en el lenguaje de San Anselmo. Hizo clases hasta el año 72 en la Universidad de Chile, y cansado del apremiante medio nacional, se radicó definitivamente en Calaceite, Barcelona. Tradujo a Flaubert, a Julian Green, a Cocteau y a otros por devoción y para ganarse la vida. Además, redactó a pedido toda clase de textos. Su visión de la historia de Chile y su concepto de los géneros literarios lo llevaron a escribir sin apuro ni ansiedad con inextinguible delicadeza y pasión.

En 1975 publicó *Paréntesis* (Barral Editores), una obra en que las voces de cuatro personajes se yuxtaponen musitando las pequeñeces de la vida y los avatares del amor y sus recovecos. Seis años después, en Bruguera, apareció la que sería hasta la fecha su obra más arriesgada y quizá la mejor de todas, *Frente a un hombre armado* (1981). En ella, Wacquez descuartizó, con una prosa a la vez tersa y exuberante en sus recursos, los vericuetos de la violencia, la sexualidad y el impulso del poder. Definió este libro, subtitulado "Cacerías de 1848", como "una reflexión brutal acerca de lo biológico: el poder es celular y no podemos escapar a ello. Es el modo de ser de lo vivo. Dominar y ser dominado, poseer y ser poseído son categorías dialécticas constitutivas de nuestra condición". Antes habían aparecido el volumen de cuentos *Cinco y una ficciones* (1963) y la malograda novela *Toda la luz del medio día* (1965). Posteriormente publicaría el delicado conjunto de relatos *Excesos* (1971) y su última producción en vida sería *Ella o el sueño de nadie* (1986), narración que pasó sin mayor pena ni gloria. Wacquez también se dedicó al ensayo, destacando entre sus publicaciones una introducción a la obra de Sartre.

A Mauricio Wacquez le debemos el mérito de su agudeza para encontrar un intersticio profundo y original por el que observar la memoria y sus inmediaciones, asumiendo a ambas con la franqueza de un irracionalista perseverante. Y aunque la muerte es simple e irrefutable, su recuerdo no nos abandonará fácilmente, puesto que en unos meses Editorial Sudamericana publicará la primera parte de su *Trilogía de la oscuridad*. Bajo el título *Epifanía de una sombra*, los lectores se enfrentarán al desafío que impone una volumen escrito con el convencimiento de que "la palabra siempre ha tenido más peso que lo real. Para mí importa más la vida dicha que la vivida. La novela es una autobiografía en dos sentidos. Primero porque alude a la biografía de su autor y luego porque ella misma se transforma en biografía, en existencia literaria vivida, irreversible como todo conocimiento". *E.T.*

Wacquez por los otros

"En el amor todo monólogo se niega a sí mismo, como por razones paralelas, todo diálogo es de alguna manera un monólogo en otra dimensión del ser; en el amor, hablar es crear espejos, entrar en ese juego de facetas hialinas que se devuelven las imágenes desde un torbellino de ceniza y falenas".

"Para cosas así parece tener la clave Mauricio Wacquez, y clave significa también llave, es decir apertura y regreso; ¿quién ama aquí, quién es espejo o Irene o ese que va a llegar, o ese que es ésa? ¿Quién lee, quién habla, quién escribe en este juego de látigos sonrientes?"

Julio Cortázar, en el prefacio a una edición francesa de *Excesos*.

"Toda realidad, en *Paréntesis*, menos la realidad –o la irrealidad– del amor, está suprimida. Los personajes actúan despojados de toda característica, preocupación, idea, atributo, filiación, contexto, que no sean aquellos que se relacionan con el amor. Uno conoce a los cuatro seres que se desplazan por el tablero tan estrictamente definido donde se juega *Paréntesis*, sólo en cuanto a sus diferentes posiciones, en un momento o en otro, en relación con el amor (...). Lo curioso –y lo positivo a mi entender– de esta meditación siempre dramática y lúcida, es que ella, igual que los personajes, no está comprometida con nada, ni con la moral ni con la sociología, y existe sólo en cuanto ella misma, ajena incluso a la psicología. Jamás la voz del autor, como tal o disfrazada de la voz de alguno de los cuatro personajes, se pregunta qué es el amor, si es válido, si es real, si es lícito, si se puede escribir hoy novelas como éstas, que, como las novelas de Virginia Woolf, más parece un poema –y no puedo dejar de pensar en el poema a seis voces que es *Las olas*".

José Donoso, en el prólogo a *Paréntesis* (edición de Barral, 1975).

"En la módica prosa chilena, donde, digamos, se destacan Federico Gana, Neruda, Manuel Rojas, Alone, Luis Oyarzún, el aporte de Wacquez no sólo representa un enriquecimiento del *belle canto* sino que, además, un ingreso del contenido en la interioridad del fraseo, acercándose así a esa forma ordinaria del lenguaje, como dice el diccionario, al secreto latido de la poesía".

Germán Marín, en la revista *Textos* (Guadalajara, México, 1975).

"Este chileno radicado en Barcelona, miembro de la que podría llamarse generación del 60, no sólo ha husmeado el tono elegante de Scott Fitzgerald o el vitalismo muscular de Kerouak, sino que también conoce a fondo al Marqués de Sade, y tiene, por añadidura, una formación filosófica que le permite comprender los dilemas ideológicos del mundo moderno. El resultado literario es bastante desconcertante, de una audacia erótica desusada en nuestras latitudes (sin el "destape español" es difícil que el libro se pudiera publicar en nuestra lengua), y de una fuerza de lenguaje, un ritmo y una pasión verbal poco frecuentes en las novelas castellanas".

Jorge Edwards, en una crónica titulada "Camino del exceso", escrita en 1981 tras la aparición de *Frente a un hombre armado*.

Excesos

Por Mauricio Wacquez

Antes, ayer, yo amaba a Irene. Hasta ayer en que ella se fue, yo la amé locamente.

Ahora, que trato que la línea del párpado no se corra, dibujarla como siempre vi que ella la dibujaba, un ojo ya terminado, el otro sin embargo que sospecho quedará un poco distinto, más oscuro, con la sombra menos violeta, tirando al malva (¡lo que es la inexperiencia!), la raya menos dócil y ondulada y sobre todo de otro color –me estiro el ojo con el índice de la mano izquierda mientras la otra mano tiembla repasando el borde donde están las pestañas– sin saber por qué, ya que he utilizado el mismo lápiz para uno y otro ojo; que parece que este arreglito va a resultar un desastre; parado como estoy sobre el piso mojado del baño y que sus pantuflas de raso me oprimen salvaje los pies, equilibrándome entre resbalones pues me tengo que inclinar hacia el espejo donde la luz es más fuerte y todo para que este ojo quede en lo posible igual al otro, lo que dudo; que siento que el calor de la ampolleta funde la crema base haciéndola gotear por la frente y las mejillas como un excesivo sudor que amenaza también con inundar y echar por tierra el paciente trabajo de los ojos; que me doy cuenta que antes debí ponerme el pancake y los polvos ya que de este modo la piel estaría ahora seca y no chorreando esta especie de esperma: la siento correr silenciosa por el cuello y es por esto que me quedo quieto, para no arruinarme el vestido: las manchas de grasa se impregnan para siempre en la muselina blanca; que advierto, de una ojeada, que las uñas me quedaron ásperas e irregulares y –lo más terrible– que no tienen el mismo tono que ella usaba; que no sé cuando voy a terminar de darle al ojo ese aspecto ensoñado que ella conseguía cada vez que en el pasillo me decía estoy lista; que, eso sí, recuerdo que en la misma comisura del párpado la línea le subía la órbita, debilitándose, terminando en punta con una colita; que, también, debo apurarme porque debe faltar poco para que él llegue, tengo que ir a sentarme a la sala, encender la tele, repetir los movimientos que acompañaron nuestras últimas veladas lentas y silenciosas; que aún me falta ponerme los zapatos y todo por este ojo, que, mierda, no va a quedar nunca igual al otro y parece que será mejor dejarlo así; ahora, sí, ahora soy Irene.

Para Bernadette y Claude Faraggi
Quiberville, La Cigogne, octubre 1968.